

## \_I\_

“¡Olé,” gritaban, “Olé Olé Olé! ¡Se-mis, Se-mis!” Hace mucho que nuestro pueblo no canta así. Este renovado entusiasmo acredita a la ingenuidad del nuevo entrenador, el señor Manzanar, a quien le debemos, a causa de su visión revolucionaria para nuestro equipo de fútbol nacional, un cambio de camisetas del anterior (ya subestimado) negruzco y blanco a su actual (y muy raro) alba y celeste.

Es el año 2018 y ha transcurrido casi un cuarto de siglo de estancación y recelo en nuestra tierra natal, la que también comparte el jugador de fútbol más conocido en todo el mundo: Leonel Andrés Semis. Nuestra economía está en la miseria, ni contar la política. Ahora la gente hoy en día sufre una pena, ha dejado su piedad, no tenemos dirección como pueblo unido; sin embargo los únicos que siguen reuniéndose son los mafiosos, los jóvenes de diversas agendas políticas, y los núcleos de familias juntándose bien callados delante de una pantalla de tele para gozar de esas quiebras de silencio nervioso entre uno u otro “¡GOOOOL!”

El verano actual ha comenzado con su típico ritmo entre países, especialmente los de América, con su burla: “Tu equipo perdió, na na na,” una tras otra. En este país especialmente es común celebrar con más clamor los destrozos de un equipo—oponente, competidor, rival—que en celebrar las victorias de su propio equipo (por favor, véanse nuestros partidos afuera de la FIFA). Sobre esto, podemos deducir una explicación diacrónica: que simplemente una derrota dura más tiempo en el espacio que una victoria. O podemos deducir todavía una explicación más esotérica: que en este país nosotros llevamos adentro un *daimon* de autodestrucción; que erramos por las calles adoquinadas de nuestra ciudad capital balbuceándonos un mantra de veneno: “A mí me fue mal en el último partido, ahora te toca a vos, ¡boludo!” Bastante toxico lo nuestro, lo admitirá cualquiera, pero al fin y al cabo sin dejar el mal hábito, como un fumador largando bocanadas entre las exclamaciones de no fumar más y de no poder dejar de fumar. Por ahora, manteniendo el rumbo que nos ha llevado tanto a la gloria como a la miseria, seguiremos tragándonos el mantra.

Después de la humillante derrota de la negruzquiblanca en el Mundial del 2014, con nuestra infame final contra Deulandia, al pobre Semis lo empezamos a llamar por su nombre anglosajonizado: “Lío.” (Incluyendo yo, fanático que soy de él, lo llamaba por ese apodo ridículo por la simple razón que me causaba gracia pronunciarlo. Es que, siendo honesto, nuestro número 10 causó un verdadero lío.) Como ya se sabe, Semis falló en nuestro momento de empate mundialista, en la final, en penales, y luego al regresar acá, a su país, al nuestro, se encontró el pobre Semis con tanto odio y rechazo que no tuvo otra opción que refugiarse en su ciudad de infancia: Cóndoma. Quizá ahí, en el interior del país—muy al interior, casi diría el ombligo—un punto cortado, aislado del país, donde solo hoy queda el remoto aliento de alguna vez ser amado o conectado a su madre. Ahí, entre lo verde de la pampa y lo atemporal de la Patagonia, se encontró Semis, en Cóndoma.

Hace millares de años, cuando el pueblo seguía sin registrarse con los cartógrafos nacionales, y la selección nacional, por su parte, ganaban mundiales, los humildes ciudadanos de Cóndoma se reunían en la entrada principal desde la ruta nacional que daba a su centro: una plaza-rotonda con una estatua de algún presidente (no se sabe quién exactamente, por razones que se aclaran ya), y que cada tres por cuatro a la estatua la tiraban para abajo cada vez que el pueblo fue tomado por un fervor hacia un nuevo gobierno militar o retomado por el nuevo presidente de una renovada democracia, *ad nauseam*. Por lo tanto, en la historia de esta plaza-rotonda, que mucho no tiene que ver con lo demás de este relato, el pueblo adaptándose a los vaivenes de su gobierno nacional, llegó a un punto donde decidió reusar el material la alguna estatua anterior para hacer la posterior. Según se cuenta en Cóndoma, esto siguió por lo menos tres dictaduras y dos presidencias democráticas, hasta que por fin, la edificación de una nueva estatua no se completaba a tiempo para el gobierno del sexto régimen; y que el pueblo terminó por tirar las estatuas “pa’bajo” (como se cuenta) en una pila adyacente a la base de mármol; y que en popa de la última estatua de un presidente o militar, cimentaron una estatua, cuya forma es la de una pelota de fútbol. Esta última, perceptiblemente, en honor al más famoso de todo los condomitas: Leonel Andrés Semis. Aunque, afortunadamente por las albañiles del pueblo, la estatua siquiera fuese de Semis en sí. Sino lo hubieran tirado para abajo hace cuatro veranos.

My name is Zulema Eugenia de Manzanar. If you cannot pronounce my name, do not worry. I have always been a loner. Ever since my parents moved us back to the country where I was born, I have not had many friends. And the few that I have had are back in Texas, where I lived the last four years. I guess my parents thought they could start a life in North America, but realized that living the dream is much harder than the movies or the books make it out to be. Especially when living the dream actually means running away from a nightmare, which was my family’s case. Now we are back in our old Capital, only my parents are divorced, thank God, and so far things are turning out all right. If I write in English here, it is because my English teacher back in Texas suggested I keep writing so I won’t forget what I have learned.

As I was saying, my name is Zulema. In the Capital, where I was born, it is not a hard name to pronounce: Zu (Sue) - le (leh) - ma (mah). In Spain my name is pronounced “Thulema”—which I hate. And in the United States my name is pronounced “Zoolemuh”—which I also hate. When I was going to school in the United States, and a teachers or a classmate mispronounced my name, I would try and correct them at first. (It wasn’t even just my name they mispronounced, or other Latin names in general; it was most names. Like, “Lily” for example, they would say “Leh-li.”) But then as a new school year went by it seemed the few students who actually got my name switched schools; naturally, also, the teachers who only after months of effort to learn my name I too would lose. New teachers, new classmates. New bullies, new substitute teachers. Things seemed to cycle very fast, until I started having a bit of fun. I began making up names. At first I told the substitutes, “No, it is not ‘Zoo-lima,’ and no one calls me by my first name anyway,

everyone calls me ‘Thelma.’ ” And the substitute would nod his or her head and the whole class would snicker under the table at my joke. Sometimes I told people my name was Theodora or Theresa (usually names with the “th” sound, I am not sure why, probably because of what the trainers at a summer soccer camp in Barcelona used to call me: “Zu-zu” or “thu-thu.”) I especially liked Theresa in English because it is one of the few times in English that the “h” is not pronounced, and works as an example of my two languages overlapping. “Honesty,” is another example. No one says, “hhon-esty;” that would not sound “American;” that is, it wouldn’t sound truthful. It isn’t like I have anything against the letter “h” in particular. My favorite word in English actually begins with the letter “h.” Hope. I wish I had been called Hope. I sometimes tell people that is my name. It definitely would have made my life a (w)hole lot easier. At least in English. At least in Texas.